

# El amor de Jonatán y el amor de Jesús



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## **El amor de Jonatán y el amor de Jesús**

Nº 2336

Sermón predicado la noche del Domingo 29 de Septiembre de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y también leído el Domingo 26 de Noviembre de 1893).

*“Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres”. — 1*  
Samuel 1: 26

David era un poeta; y cuando supo que su amigo más querido había caído por las flechas de los filisteos, se lamentó grandemente, y luego reconfortó su corazón escribiendo una muy excelente elegía, que en años posteriores fue llamada “El Cántico del Arco”. Aun si se juzga esa endecha de David de acuerdo a los cánones del gusto literario, debe ser colocada entre las más destacadas composiciones poéticas. De esta manera, David procuró conservar vivo el recuerdo de su amigo; la endecha tenía el propósito de ser un memorial suyo. Tales amigos como Jonatán no son comunes, y cuando los hemos tenido, no hemos de olvidarles.

Es triste que la amistad, en estos días, sea proverbialmente una cosa frágil. Los amigos son como las golondrinas, que están con nosotros en el verano, y se marchan cuando comienzan a formarse las nieblas del otoño. Cuando un hombre tiene un amigo fiel, ha de sujetarle junto a sí con garfios de acero; y cuando lo pierde, debe saber que ha perdido algo que será sumamente difícil de remplazar, y no debe olvidar a su amigo aunque esté enterrado bajo el césped. La verdadera amistad se complace en esculpir monumentos en honor del que ha partido. Conservamos recuerdos de los seres queridos que hemos perdido, nos gusta recordar los días felices de comunión que compartimos juntos, y no permitiríamos que el nombre apreciado se borre de la memoria de los hombres.



Cuando pensé en este tema, me dije a mí mismo: “veré a muchas personas esta noche que son amantes del Señor Jesucristo; estaré cara a cara con miles que le aman como a sus propias almas”. Yo creo que esa es mi felicidad ahora.

Bien, entonces, queridos amigos, quienes amamos a Cristo hemos de conservarle siempre en nuestra memoria. Si pueden hablar de Su nombre, no se queden callados. Si pueden entonar una melodía en honor de Jesús, en medio de la gran congregación, tomen el arpa del trovador y coloquen sus dedos entre las cuerdas, y toquen una música muy dulce a Su amado nombre, de forma que miles de personas puedan escuchar; pero si no tienen un instrumento tan potente, canten o toquen para dos o tres personas, y hagan saber a sus seres queridos que ustedes aman a su Señor más que a nadie. O si su lengua no les respondiera, usen la pluma para dar a conocer a los hombres, quién es Jesús. Digan con el salmista: “Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al Rey mi canto”.

¿Qué debemos hacer nosotros para mantener el nombre de Cristo delante de los hijos de los hombres? Hemos de ser ingeniosos y hacer que los vientos y las olas lleven con frecuencia la historia de Su vida y de Su amor, a aquellos que la desconocen. Yo susurraría al oído de alguien: “Si amas a Jesús, ¿cómo es que no estás nunca sentado a Su mesa?” Si hay una manera de guardarle en la memoria, ¿cuál es la mejor de todas? ¿Acaso no es la que Él mismo ha escogido: “Haced esto en memoria de mí”? ¿Qué excusa podrían tener ustedes, que aman a Cristo, pero que no han guardado nunca este festejo de amor? Ese es uno de los encargos que hizo al morir: “Congréguese y recuerdenme”; y, sin embargo, aunque ustedes dicen que le aman, —y yo no voy a cuestionar la verdad de lo que dicen— nunca han prestado obediencia a Su amoroso ruego, y no han venido para comer el pan y beber de la copa que son los recuerdos de Su cuerpo quebrantado y de Su sangre derramada.

David, tú pudiste cantarle a Jonatán, aunque no hubo una ley que te exigiera que lo hicieras; ¿qué dirías de algunas personas que aman más al Cristo de Dios de lo que tú amaste a Jonatán, y, sin embargo, nunca le han recordado de la manera en que pidió ser recordado, y más bien han hecho caso omiso del ‘no me olviden’ de la mesa de la comunión?

Eso ha de servirnos de prefacio. ¡Que el Señor afine nuestros corazones mientras reflexionamos en dos cosas! La primera es el tipo menor: el amor de Jonatán por David; la segunda es el antitipo infinito: el amor de Cristo por los hombres. Tal vez sería mucho más dulce si esta noche, cada uno de nosotros pudiese decir: “el amor de Cristo por mí. Él me amó, y se entregó por mí”. Esa expresión armoniza con las palabras del texto, “Más maravilloso me fue tu amor”.

## I. Primero, entonces, debemos reflexionar acerca del AMOR DE JONATÁN POR DAVID.

El amor de Jonatán fue singular, debido a la pureza de su origen. Jonatán amaba a David por la gran admiración que le tenía. Cuando le vio regresar con la cabeza de Goliath en su mano, le amó como un soldado ama a otro soldado, como un hombre valeroso ama a otro hombre valeroso. Se dio cuenta de que había el tipo cabal de temple en ese joven, y aunque Jonatán era el hijo del rey, y heredero forzoso del trono, leemos que “se quitó el manto que llevaba, y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte”. Sintió que un héroe así, que podía confiar en su Dios y exponer su vida tal como lo hizo, y salir tan victorioso, merecía todo su amor. Su amor no comenzó en el interés propio, ni comenzó en una relación; más bien dio comienzo en la semejanza que Jonatán vio entre su propia naturaleza y la de David. Se trataba de un hombre valeroso que amaba a otro hombre valeroso.

El amor de Jonatán demostró ser sumamente intenso. Se nos informa que: “lo amó Jonatán como a sí mismo”. Él habría sacrificado su vida en cualquier instante con el objeto de preservar la vida de David; de hecho, no dudo de que Jonatán consideró que la vida de David era mucho más valiosa que la suya propia, y de que estaba sumamente dispuesto a exponerse al peligro para que David pudiese ser preservado. El amor de Jonatán era muy intenso. ¡Oh, que pudiésemos ver más de este tipo de amor entre los hombres! ¡Oh, que se amaran más los unos a los otros por causa de Cristo, y por causa del amor de Dios que viera cada uno de ellos en los demás, y que pudiesen sentir intensos afectos!

El amor de Jonatán era muy desinteresado, porque, según he dicho, aunque Jonatán era el heredero forzoso del trono, David había sido ungido

rey por Samuel. El reino había de ser tomado de la casa de Saúl y dado a la casa de David. Muy naturalmente, el joven príncipe Jonatán habría podido sentir, primero envidia y luego odio contra David, porque debía sustituirle; pero, en lugar de eso, le dijo un día, muy conmovedoramente: “tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti”. Tenía la intención de ser su amigo, y su asistente, y se gozaba al ver que David llevaría la corona que habría podido adornar su propia frente.

Feliz Jonatán, porque era capaz de ceder el lugar de honor de esa manera, y de sentir que, si David era el primero, eso era lo que precisamente él mismo deseaba. Esa amistad, en la que un hombre puede hacerse a un lado para ceder el paso a otro, no es todavía tan común como para que pudiésemos descubrirla en las calles.

El amor de Jonatán fue capaz de sostenerse frente a toda la oposición, pues pronto descubrió que Saúl, su padre, odiaba en su ennegrecido corazón a David. Saúl no podía soportar la idea de que otro hombre tomara el lugar que ambicionaba para sí, aunque no mereciera conservarlo. Deseaba ver muerto a David, y debido a que Jonatán se puso del lado de David, Saúl estaba sumamente enojado, e hizo que la porción de Jonatán fuera difícil de soportar; sin embargo, Jonatán no desechó a su amigo; fue fiel a David tanto en las condiciones favorables como en las adversas. Jonatán fue fiel y muy obediente para con su padre; pero, aun así, no abandonaría a su amigo David, y prefería estar frente al peligro de la jabalina de Saúl, que ponerle fin a la amistad que existía entre él y el siervo escogido de Dios.

Y este amor era muy activo, pues ustedes saben cómo suplicó por David ante su padre. Salió al campo, y pidió el consejo de David. Organizó planes y métodos para la preservación de David; y en una ocasión, descubrimos que “vino a David a Hores, y fortaleció su mano en Dios”. Sí, su amor no era un asunto de simples palabras, sino que era real, práctico, activo; era un amor que no cedía nunca. Cuando la flecha del filisteo atravesó el corazón de Jonatán en el monte de Gilboa, golpeó el nombre de David que estaba grabado allí.

Le amó fielmente y le amó mucho,  
Y le amó hasta la muerte.

Por esta razón David pudo decir en verdad: “Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres”.

Ahora, queridos amigos, ¿no creen ustedes que cuando leemos una historia como esta, la de Jonatán y David, debería fomentarse en nosotros el deseo, no tanto de tener un amigo así, sino, más bien, de ser un amigo como Jonatán lo fue para con David? Cualquiera podría desear egoístamente contar con un Jonatán; pero quien desea encontrar a un David para poder ser un Jonatán para él, está muy bien encaminado.

Se experimenta un gran gozo en la vida cuando hay una amistad verdadera de ambos lados. Algunas personas esperan que la amistad esté siempre amontonando sus tesoros sobre ellas; pero la verdadera amistad tiene dos manos, y dos pies, y dos ojos. No puedes tener una verdadera amistad que sólo sea para recibir y nunca para dar. David amaba a Jonatán como Jonatán amaba a David. ¡Oh, que el bendito Espíritu de Dios, que nos enseña a amar incluso a nuestros enemigos, nos ayude a cultivar amistades santificadas, y a estar dispuestos a ayudar a quienes son nuestros hermanos en Cristo en tiempos de necesidad!

No diré nada más en cuanto a esta parte de mi tema; pero espero que sirva para reprochar a algunos que no son amigos en absoluto. ¡Oh, cuán a menudo nos hemos encontrado con esos individuos! Son muy amigables cuando sus piernas están bajo tu mesa de caoba; pero no son tan amigables cuando no tienes una mesa de caoba, y a duras penas te queda una mesa de tabloncillos de pino. Tienen un alto concepto de ti mientras puedas servirles de escalera para escalar la pared de la prosperidad; pero cuando están en el borde superior de esa pared, dicen con mucha frecuencia que nunca vieron esa escalera en toda su vida, y que puedes quitarla. Continuamente vemos eso entre los hombres del mundo. ¡Que no suceda así entre los cristianos! ¡Que podamos ser sinceros con todos los que son nuestros amigos, al igual que quisiéramos ser generosos incluso con cualquiera de los que sean nuestros enemigos, si tales personas existieran!

II. Pero ahora quiero hablar de algo más dulce y más seguro: EL AMOR DE CRISTO POR MÍ, usando el pronombre personal en primera persona, porque dice el texto: “Más maravilloso me fue tu amor”.

Yo espero que muchos de los que están aquí presentes sean ayudados a usar ese mismo pronombre, cada uno para sí mismo. No deseo predicar esta noche; quiero servir de modelo sólo para completar los ejercicios, para que los demás hagan lo mismo. Debo hablar de un amor que confío que sientan muchos, que espero que puedan sentirlo aun más de lo que lo siente el predicador; y cada uno de nosotros debería ambicionar amar más y más. Pensemos en Cristo como si estuviese presente aquí esta noche, pues lo está, de conformidad a Su promesa, “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Allí está. Fe le percibe con sus ojos cerrados, y clama: “Más maravilloso me fue tu amor”.

Pienso que sentimos más esto cuando vemos morir a nuestro Salvador. Siéntense al pie de la cruz, y miren a lo alto. Contemplan esa sagrada frente ceñida con la corona de espinas. ¡Vean esos benditos ojos, rojos de llanto; fíjense en esas manos clavadas, que una vez esparcieron bendiciones; miren fijamente esos pies sangrantes, que se apresuraron para cumplir misiones de misericordia; observen con atención hasta que puedan atisbar en ese costado abierto, cuán profunda es la incisión, cuán ancha es la abertura, y ver cómo brotan el agua y la sangre! Este es el Señor de la vida y de la gloria, que muere así en medio de la irrisión y del escarnio, sufriendo el Justo por los injustos para llevarnos a Dios.

Oh, si pudieras imaginarte a Cristo en la cruz, y creer que Él murió por ti, serías conducido a clamar: “Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las madres y de las esposas. Tu amor por mí fue —no puedo describir lo que fue— fue llenura de portento, tan pleno de maravillas como los cielos están tachonados de estrellas, o como un bosque está lleno de hojas. Tu amor, tal como lo veo en Tu muerte, me fue maravilloso”.

¿Se imaginan a David diciendo esto al pensar en el cuerpo de Jonatán, atravesado por las flechas de sus enemigos: “Más maravilloso me fue tu amor”? ¿No estarás así esta noche, en la imaginación, junto al cuerpo de tu Salvador, al verle envuelto en lienzos con especias aromáticas, y puesto en el sepulcro de José de Arimatea? Antes de que rueden la piedra para tapar la boca de la cueva, ¿no contemplarás esa forma destrozada, y dirás: “En verdad, más maravilloso me fue tu amor”?

Queridos amigos, a veces sentimos como si nuestro amor por nuestros seres queridos que han partido, conocería otra gran pleamar si pudiesen regresar otra vez. Ustedes han perdido —no, no atormentaré sus sentimientos— todos ustedes han perdido a sus seres más queridos, y su aflicción fue grande al ponerlos en sus tumbas; pero si esta noche, cuando regresaran a casa, encontrarán, sentado en ese aposento suyo, al ser amado que ha regresado, pienso que su amor se transportaría súbitamente a un éxtasis, y sería mayor de lo que hubiere sido jamás. “¿Ha regresado a mí mi esposo? ¿Ha regresado a mí mi esposa? ¿Me han sido restaurados mi madre o mi hijo?” ¡Oh, qué festejo de amor tendrían nuestras almas si pudiese darse tal reunión en nuestros desolados hogares! Bien, recuerden que quien murió por nosotros resucitó de nuevo.

Él vive, el grandioso Redentor vive

Vive todavía con nuestro amor en el interior de Su corazón, vive para amarnos de la misma manera en Su eterna gloria, como lo hizo en la vergüenza y en la lluvia de salivazos mientras vivió en la tierra. Vamos, den a su amor un sitio y un espacio esta noche, al recordarle como muerto, pero regocíjense en Él como que vive.

Pienso, también, que nosotros sentimos a veces el mayor amor por amigos queridos cuando nos damos cuenta de que otros los desprecian. Cuando David se enteró de que el cuerpo de Jonatán había sido deshonrado por los filisteos, que se habían llevado los cuerpos del rey Saúl y de sus hijos para colgarlos en el muro de Bet-sán, entonces se sintió penosamente turbado, y su amor prorrumpió otra vez en suspiros y lamentos y lágrimas.

Y debo decir esta noche que yo amo a mi Señor aún más debido a los insultos que otros derrochan sobre Él. Cuando recientemente he visto libros escritos en contra de Su sacrificio expiatorio, cuando me encuentro con hombres, que se llaman a sí mismos cristianos, pero que hablan con ligereza de la sagrada expiación, e incluso de la divina Persona del grandioso sacrificio, mi corazón arde primero de indignación en contra de los traidores, —verdaderos sucesores de Judas— y luego mi alma clama: “Mi Salvador, por la deshonra que ponen en Ti, yo te amo mucho más. Por la vergüenza que otra vez arrojan sobre Ti, como si fueses cien veces



crucificado, yo hago votos de servirte con una energía y una fuerza centuplicadas de concentrado amor, pues maravilloso me fue tu amor”.

Algunos pueden hablar livianamente de Cristo; acaso no conocieron nunca un tal amor como el que me ha mostrado. Algunos pueden despreciar Su sangre; posiblemente no hayan sido lavados nunca de tales pecados como los míos. Algunos piensan livianamente de su fe; tal vez nunca hayan tenido comunión con Él como la que mi corazón ha conocido; pero he de decir de Él: “Maravilloso me fue Tu amor, y lo sigue siendo, y lo será siempre, y sobrepasa además a todos los amores imaginables del cielo y de la tierra”.

Ahora permítanme narrar brevemente la historia de ese amor, —es una larga historia— del amor de Cristo por mí. Parte de su maravilla radica en el objeto de este amor, que me hubiere sido entregado a mí: “Tu amor por mí”. Querido hermano, querida hermana, ¿querrán hablarse sólo de ese amor justo ahora a ustedes mismos? “Es una maravilla que Cristo ame a alguien; ¿pero acaso no es la suprema maravilla que me ame a mí? ¿Quién soy yo, y cuál es la casa de mi padre, para que Cristo me ame a mí?”

¿Qué había en ti que pudiera ameritar estima,  
O proporcionar deleite al Creador?

¡Tu amor por mí! Había una especial carencia de méritos; había muchas razones por las que el amor debía pasarme por alto; pero Tu amor por mí fue maravilloso porque Tú me seleccionaste. Cuenten en el cielo que no hay portento más grande que el hecho de que Cristo me ame; y cuando llegues allí, di a todos los espíritus resplandecientes que están delante del trono: “no hay mayor portento en la salvación de todos ustedes del que hay en mi salvación. Tu amor fue para mí, mi Señor”, —y te inclinarás en adoración a los pies de Cristo, al tiempo que lo digas—: “Tu amor fue para mí muy maravilloso”.

Luego, si ponen el énfasis en la primera palabra, “Tu amor por mí”, descubrirán otra parte del portento, esto es, al Dador de este amor. Que un hombre me ame, bien, ¿acaso no deben amar los hombres a sus semejantes? Pero que Dios me ame, que el Infinito, que el inconcebiblemente amable Ser, cuyo ideal de lo que es amable ha de estar mucho más allá de la

concepción humana, que Él me ame, esto es un milagro, en verdad. ¿Pueden imaginar que Dios, que es más grande que la inmensidad, cuya vida es más larga que el tiempo, que Dios, el Ser todo ilimitado, les ame? Que piense en ustedes, que tenga piedad de ustedes, que tenga consideración de ustedes, todo eso está muy bien; pero que les ame, que Su amor sea para ustedes, que los elija, que los haya grabado en las palmas de Sus manos, que no tenga descanso en el cielo sin ustedes, que no considere completo el cielo hasta que los lleve allá, que ustedes sean la esposa, y Cristo el Esposo, que haya amor eterno entre Él y ustedes, oh, cuando piensen en ello, alcen sus manos con adoradora sorpresa, y digan: “Maravilloso me fue tu amor”.

Ahora comiencen, si pueden, a considerar el principio de este amor. ¿Cuándo comenzó Dios a amar a Sus propios elegidos? Hubo un tiempo cuando comenzó a hacer los mundos; pero desde la eternidad Él ha amado a Sus elegidos. Antes de que el primer destello de luz iluminara la prístina oscuridad, Dios amó a Su pueblo. Antes de que la primera pulsación de vida entrara en los cuerpos humanos, mucho antes de que hubiera tales seres como los hombres y las mujeres, Él amó a los Suyos. Él los vio en el lente de la predestinación y de la presciencia, y los amó entonces; Sus deleites incluso entonces eran con los hijos de los hombres. Su amor no tuvo principio, era como Él mismo, autoexistente, brotando de sí, y nunca hubo un tiempo en el que Dios no amara a Su propio pueblo. ¡Piensen en esa maravilla de gracia, que tal motita de polvo, como lo son ustedes, hubiese sido amada desde la eternidad, que tal puñado de cenizas como soy yo hubiera sido amado desde antes de todos los mundos! Revélenlo como con voz de trompeta, pues Dios lo ha dicho: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”.

El amor de Cristo, entonces, es maravilloso en su inicio; y cuando comenzó a obrar en mí, fue todavía más maravilloso, pues, ¿qué hice yo? Yo lo rechacé. Cuando Cristo vino en ropajes de amor por mí, y se presentó como un candidato para la aceptación de mi corazón, yo le dije que no quería aceptarlo. El que gozaba de mi amor era un mundo licencioso. Estaba presente el propio demonio, en todo tipo de formas pecaminosas; y él tenía mi mano, y yo era suyo. ¿No sucedía lo mismo con algunos de ustedes, que Cristo los cortejó durante muchos años, y no querían aceptarle?

Él vino a ustedes amenazando algunas veces, y algunas veces invitando; Él vino a ustedes mediante providencias, mediante predicadores, a través de libros, por medio de Su buen Espíritu; sin embargo, aunque le dieron la espalda, Él nunca les dio la espalda a ustedes; no aceptaría un “No” como respuesta.

Resuelto a salvarme, Él vigilaba mi sendero, cuando,  
Como ciego esclavo de Satanás, yo jugaba con la  
muerte.

¡Piensen en un hombre que solía salir tambaleándose de una cantina, ya avanzada la noche, pero que es amado por Dios! ¡O piensen en un ladrón, cuyos cabellos fueron recortados en la prisión, pero que fue amado por Dios, y está aquí esta noche sentado a los pies de Jesús, regocijándose en ese amor! ¡Oh, qué cánticos habrá en el cielo relativos al amor de Cristo por los Suyos, y a los desaires que el precioso Amante de nuestras almas recibió por el triste, triste trato de parte de hombres impíos y testarudos! “Más maravilloso me fue tu amor”.

Y cuando el amor de Cristo le condujo a venir aquí, y a tomar nuestra naturaleza, ¿acaso no fue eso maravilloso? Él reinaba entronizado en el cielo; serafines y querubines cumplían con alegría Sus órdenes. Él era Dios, y, sin embargo, descendió de aquel palacio real hasta ese establo de Belén, hasta el pesebre donde comían esos bueyes de largos cuernos. ¡Es Él! ¡Es Él! Pero como George Herbert nos recuerda, Él se ha desvestido, y ha colgado Su manto de azur en el cielo, y todos Sus anillos en las estrellas; y allí está, ese bebé cubierto por pañales, que tomó la naturaleza humana en unión con Su divinidad, porque nos amaba.

En verdad, Tú, bendito Niño, a quien quisiera tomar en mis brazos como lo hizo Simeón, cuando dijo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”: ¡maravilloso me fue Tu amor! Contemplan a Cristo con el cetro del cielo en Su mano, y luego véanle sentado en el pretil de un pozo, hablando con una mujer adúltera. Véanle acompañado de las arpas de los ángeles que tañen Su alabanza, y luego véanle siendo escarnecido por todo el populacho de Jerusalén, que le pedía que descendiera de la cruz. Si Él se humilló para convertirse en un hombre como nosotros, y se humilló más aún, incluso

hasta la muerte, en verdad, cada uno de los redimidos puede clamar a Él: “Maravilloso me fue tu amor”.

Hay algo que hace que el amor de Cristo sea más maravilloso que todo lo demás, y es, que no sólo tomó nuestra naturaleza, sino que tomó nuestro pecado. Allí está, todo amontonado, el material inmundo que ha hecho que el propio Dios enferme ante el pensamiento del hombre: me refiero al pecado y a la contaminación de nuestras vidas. He aquí, el Señor lo ha recogido y lo ha juntado en un solo montón impuro, suficiente para pudrir al universo, y lo ha puesto todo sobre Cristo, y el grandioso Portador del pecado lo toma sobre Sí como si fuese Suyo, aunque no lo era. Sufre por él, recibe la sentencia de la justicia por causa de él, y luego lo arroja lejos al abismo del olvido, donde nunca será encontrado de nuevo. Mi Salvador, ¿llevaste Tú mi pecado en Tu propio cuerpo en el madero? ¿Fuiste condenado por mi condenación? Entonces, en verdad, Tu amor me ha sido maravilloso.

Yo no sé cómo disecar mi texto para que impacte a cada creyente; yo quisiera que todas las personas aquí presentes, que realmente han conocido el amor de Cristo, me ayudaran acompañándome con un pensamiento personal acerca del carácter hermanable y condescendiente de este amor. Ha habido épocas en la que nosotros, que amamos el nombre de Cristo, nos hemos encontrado en problemas, y Él ha estado muy cerca de nosotros. Ha habido momentos en los que hemos sido malinterpretados, y agredidos, y ¡Él nos ha sonreído, nos ha sonreído muy dulcemente! Ha habido momentos en los que el dolor corporal nos ha hecho desfallecer, y Él ha puesto debajo de nosotros los brazos eternos.

Hablen según sea su experiencia, amados; ¿cómo han encontrado a Jesús en sus días oscuros, en sus días pesados, en sus días de cansancio? ¿Acaso no han descubierto que Él es un Amigo incomparable? Yo puedo dar mi propio testimonio de que no hay consuelo como Su consuelo, que no hay una sonrisa como Su sonrisa, que no hay un toque de ayuda que sea como Su mano liberadora. “Maravilloso me fue tu amor”.

Algunas veces, cuando he contado la historia de la benignidad de Dios para conmigo, algún amigo cristiano me ha preguntado: “¿no has escrito todo eso?” “No, no lo he hecho”, —he respondido—. “¿No te asegurarás,

antes de que mueras, de que todo sea escrito?” Yo he respondido: “no, no creo hacerlo”. Ahora, tal vez, la historia de tu vida morirá contigo, y, sin embargo, ¿acaso no ha habido toques muy maravillosos del amor de Cristo en ella? ¿No ha habido ventanas de ágata, y puertas de rubí, a través de las cuales has visto el rostro de tu Señor?; ¿y no puedes decir esta noche, mirando a tu senda de peregrino, desde el primer día hasta ahora: “Señor, Tú has estado siempre conmigo; maravilloso me fue Tu amor en una comunión condescendiente y saludable en el tiempo de mi necesidad”?

Piensen, también, en las provisiones consoladoras y cuidadosas del amor de Cristo. Algunas veces has estado muy cerca de resbalar, no meramente en cuanto a un problema, sino en cuanto al pecado. No todas nuestras vidas son para nuestro crédito; ha habido tristes momentos, cuando la incredulidad se ha introducido subrepticamente sobre la espalda del descuido, y has sido casi un escéptico. Ha habido malos momentos, cuando el pecado se ha insinuado a la imaginación, y casi has hecho aquello que habría sido tu ruina. ¿Acaso no ha habido momentos en tu vida, cuando has sido golpeado, y, si no hubiese habido Alguien que te sostuviera, habrías caído, casi inconscientemente habrías caído, y habrías permanecido abatido hasta morir?

¡Pero, oh, cómo ha vigilado Jesús sobre ti, y cómo te ha cuidado! Ninguna madre ha cuidado jamás a su bebé con el cuidado que Cristo te ha proporcionado. Cuando miras atrás, algunas veces, y ves el hoyo del que has sido preservado, en el que pudiste haber caído; cuando te encuentras con un viejo amigo, que, años ha, solía estar cantando a tu lado, pero ahora es un borracho o un profano, y tú dices: “¿Por qué habría él de ser así y yo no? ¿Quién ha hecho que yo sea diferente? ¿Qué, sino la gracia de Dios, es la que me guardado hasta ahora?” ¡Ah, entonces ves cómo el amor de Cristo por ti ha sido más maravilloso que el amor de las mujeres!

Pero el amor de Cristo por nosotros es maravilloso, más que nada, en sus planes para el futuro. Tú desconoces, y no puedes concebir, lo que hará todavía por ti. Bien, el gozo llega en la mañana. Justo ahora, tú tienes que beber la copa amarga, y Dios te da píldoras que no te gustan. Tómalas de Su mano, pues están indicadas para tu bien. Es sólo por un poco de tiempo, y entonces la aflicción y los suspiros huirán para siempre.



¿Tiene algún redimido aquí presente, alguna idea de lo que Dios ha preparado para los que le aman? Estarán entre los perfeccionados, y entrarán y saldrán entre los santos. Estarás donde ninguna turbación te alcanzará, y ni siquiera el ruido ni el estallido de una ola de aflicción alcanzarán jamás tus oídos. Tú estarás allí donde será tu felicidad servir a Dios sin error, sin transgresión, y sin omisión. Contemplarás el rostro del Rey en Su hermosura, no de vez en cuando, sino sempiternamente sin una nube o velo que se interpongan. Descubrirás que alabarle es tu deleite; y tu voz será escuchada en medio de los coros de los glorificados cuando adores al Cordero cuyo amor por ti ha sido tan maravilloso. ¿Y cuál será tu ocupación en el cielo? ¡Ah, eso no puedo decírtelo; pero serán ocupaciones que serán igualmente honorables y deleitables!

Ya les he comentado antes de lo que a veces sueño que será mi porción en la gloria: no será estar aquí, para predicarle a un puñado de gente, aunque sea un puñado muy grande; sino estar sobre un círculo estrellado, y predicar de Cristo a constelaciones enteras simultáneamente, y tronar mis recuerdos de Su dulce amor a miríadas de seres que no han oído acerca de Él todavía, pues nunca han pecado, pero que absorberán todas las nuevas de lo que Jesús hizo por los hombres pecadores.

Y cada uno de ustedes, de acuerdo a su entrenamiento para ello, dará a conocer a los ángeles, y a los principados, y a las potestades, la multiforme sabiduría de Dios. Hay suficiente espacio para todos ustedes, pues el universo de Dios necesitará millones de millones de mensajeros que lo recorran todo, y cuenten la historia del amor redentor.

Y nosotros, yo así creo, estamos aquí en entrenamiento para esa obra eterna de dar a conocer a las regiones sin límites del espacio, y al sinnúmero de miríadas de seres inteligentes que Dios ha creado, pero que no han caído nunca, la historia de este pequeño planeta, y del Dios que lo amó de tal manera que vino aquí, y murió para salvar de sus pecados a Su pueblo.

Prepárense, hermanos, para la eternidad que está tan cerca. Un breve hálito, no mayor que el ancho de la palma de una mano, nos separa a ustedes y a mí de la eternidad. Aun si llegáramos a la edad de ochenta o noventa años, o cumplamos la fábula de cien años, no es sino un breve espacio de tiempo, y habremos abandonado estas oscuras orillas, y

habremos desembarcado en el eterno resplandor de la gloria sin fin, esto es, si hoy conocemos el amor de Cristo, y si hoy confiamos en Cristo. Proseguiremos experimentando más y más de esta grandiosa verdad, y lo haremos por siempre y para siempre: “Maravilloso me fue tu amor”.

Ahora, cada uno ha de responder a esta pregunta: ¿puedes decir: “Él me amó y se entregó por mí”? Si no puedes decirlo, eres un hombre infeliz. ¡Que Dios te haga aún más infeliz hasta que vengas y mires a Jesucristo, como los hombres miraron a la serpiente de bronce; y así, debido a que miraron, fueron sanados, así también, cuando mires tú, seas conducido a vivir esta noche! Recuerda que:

Hay vida por una mirada al Crucificado;  
Hay vida para ti en este instante;  
Entonces mira, pecador, mírale a Él, y sé salvo,  
A Él que fue clavado al madero.

